

LA «HORA DEL CUENTO»

ANGELICA EDWARDS

Los cuentos infantiles tienen una gran importancia para el desarrollo de la imaginación y de la inteligencia. La autora muestra una experiencia al respecto y comenta una obra de Battelheim sobre los cuentos de hadas. Como dice bellamente Gabriela Mistral, "contar es encantar".

EL número de abril de 1981 de la *Revista de Educación* del Ministerio de Educación, trae una sección importante dedicada al tema "Cuentos para los niños de Chile" y va acompañada de una cinta en que han sido grabados algunos cuentos infantiles. En un artículo de la misma revista, dirigido "a los maestros" (y titulado de esta manera), el autor se refiere a la "Hora del cuento", contemplada en los nuevos programas de estudio para la enseñanza básica.

Esta necesidad expresada en la revista me resulta particularmente interesante en esta etapa de mi vida pedagógica. Más aun, a raíz de lecturas de la obra *Magisterio y niño* de Gabriela Mistral, con selección de prosas y prólogo de Roque Esteban Scarpa, que tuve la ocasión de conocer el año pasado, pusimos en práctica en un colegio particular de Santiago, con un grupo de alumnas de los cuartos años de enseñanza media, la llamada "Hora del cuento" por la autora. Dice ella:

"Entre las iniciativas ingeniosas para crear en los chiquitos la apatencia de leer, están la "Hora del cuento" en la escuela o la lectura por el bibliotecario en la misma sala de libros".¹

Nuestra idea era la de formar un pequeño equipo de alumnas-lectoras, o más bien, maestras-

lectoras que, siguiendo el pensamiento de Gabriela, instauráramos en la biblioteca la "Hora del cuento", leyendo una vez por semana un cuento a las niñas de algún curso de básica, desde primer a tercer año, e incluso a veces a las chiquitas de jardín infantil. El resultado de esta actividad sobrepasó en mucho las expectativas que imaginé alcanzaríamos, tanto en provecho de las grandes como de las pequeñas.

En el estudio sobre el tema, recopilado en varios artículos

"Durante la lectura, el tiempo parece detenerse y el niño entra en la magia..."

bajo el título "Niño y libro" en la obra arriba mencionada, la Mistral busca hacer conciencia frente al problema del desinterés de nuestras generaciones jóvenes por la lectura, por oposición a la profunda riqueza que conlleva el amor al libro:

"Pasión de leer, seguro contra la soledad muerta de los huesos de vida interna, o sea de los más. (...) Pasión preciosa de fojear el mundo por mano más hábil que la propia; pasión de recorrer lo no recorrido en sentimiento o acción; (...)"²

Y este desinterés de nuestros jóvenes frente a la lectura no so-

lamente se expresa en falta de curiosidad hacia los valores culturales, sino que a veces puede incidir en la formación de espíritus mezquinos, empequeñecidos, incapaces de comprender el mundo que va más allá de nuestras pequeñas preocupaciones cotidianas. También, la lectura, además de ampliar nuestro mundo espiritual, alienta nuestra imaginación la que, alerta, nos servirá como remedio frente a las dificultades cotidianas, enriquecerá la vida acompañando nuestro quehacer permanente de un sentido lúdico que, sin quitar gravedad a nuestras responsabilidades, aligera las aristas duras de nuestra tarea de vivir, hermosa tarea, pero no siempre fácil.

Contar es encantar

En esta inquietud nuestra se inserta el interés que nos ha producido la llamada "Hora del cuento". "Contar es encantar", dice bellamente Gabriela Mistral, y no solamente encantar y aparentemente distraer, sino que tiene la cualidad de ayudar al niño a enraizarse mejor en su realidad cotidiana. Durante la lectura, el tiempo parece detenerse y el niño entra en la magia,

en el mundo de lo maravilloso, pero lo maravilloso no necesariamente significa entretenimiento puro, sino que puede ser herramienta para vivir. Ante el dicho usual "la lectura distrae", Gabriela enriquece la idea:

"No siempre nos distrae, es decir, nos aparta y nos pone a la deriva, porque muchas veces nos hinca mejor en lo nuestro. Da el regusto de lo

¹ Gabriela Mistral, *Magisterio y niño*; Santiago: Editorial Andrés Bello, 1979, p. 93.

² *Ibid.*, p. 102.



La lectura: un aliento a su imaginación e inteligencia

vivido y es rumia de lo personal que hacemos sobre la pieza ajena;..."³

Iniciada en este interés por la "Hora del cuento" tuve la ocasión, en un reciente viaje a Francia, de leer la obra de Bruno Bettelheim, editada en París en 1976 bajo el título *Psychanalyse des contes de fées* (traducido del título inglés de la primera edición publicada en los Estados Unidos: *The uses of enchantment*): hermoso estudio éste sobre los cuentos clásicos para niños, centrado principalmente en la importancia psicológica que tiene el cuento tradicional, muchas veces folklórico y transmitido por la tradición oral, en la educación del niño.

En la introducción de su obra, Bettelheim comienza por referirse a la importancia que tiene el hecho de que los seres humanos seamos "conscientes de nuestra existencia", por oposición a un vivir al día, despreocupadamente, sin darle un sentido a la vida en cada momento de nuestra cotidianidad. Añade que la madurez psicológica se va adquiriendo a medida que comprendemos lo que puede ser y lo que debe ser el sentido de la vida. Y este pensamiento, dice Bettelheim, debe hallarse en la base de la tarea del educador:

"...la tarea más importante, y a la vez la más difícil, de la educación, es la de ayudar al niño a darle un sentido a su vida. Para que él logre esto,

debe pasar por numerosas crisis de crecimiento. A medida que crece debe aprender a comprenderse mejor; de esta manera se hallará más capacitado para comprender a los otros y, finalmente, podrá establecer con los otros relaciones recíprocamente satisfactorias y significativas"⁴.

Y Bettelheim, como educador y psiquiatra profesional, ha estudiado los tipos de experiencias que, en la vida del niño, son las más adecuadas para ayudarlo a descubrir sus razones de vivir. Entre estas experiencias, Bettelheim descubre cómo los tradicionalmente llamados "cuentos de hadas" —cuentos dejados de lado durante años en pro de historias más "reales", o más inmediatamente ligadas a una realidad cotidiana— contienen un profundo material imaginativo que ayuda al niño a desarrollar su inteligencia y a comprender sus emociones, a la vez que le permite sobrepasar sus angustias y le sugiere soluciones para superar problemas que lo afectan. El cuento de hadas, o cuento folklórico, dice Bettelheim, se repite de generación en generación, "porque concierne en forma muy imaginativa los problemas humanos esenciales"; el niño, al escuchar o leer todos aquellos problemas de niños abandonados en los bosques —como Hansel y Gretel, por dar un ejemplo—, madrastras maldadasas, brujas con capacidad de adormecer o encantar a las personas, gigantes

malos, lobos o peces que devoran a los seres humanos, quienes logran salvarse gracias a la intervención de algún personaje maravilloso, el niño, decíamos, va adquiriendo a través de la imaginación toda una amplia comprensión de fenómenos que ocurren en su vida diaria de alguna u otra manera. Esta comprensión, lograda a través de imágenes que hablan a su yo más oscuro y profundo, lo van fortaleciendo en las situaciones concretas que se presentan minuto a minuto en su vida cotidiana, y lo ayudan a reaccionar de manera positiva en casos que podrían anularlo debido a todas sus dificultades producidas por temores, angustias, sentimientos de desamparo o desamor, inseguridades. Todas estas dificultades, dice Bettelheim, pueden ser mejor manejadas y superadas por el niño que, al verse enfrentado a ellas, las identifica de alguna manera con hechos semejantes que él ha conocido en los cuentos de hadas, cuyo material le permite llevar a cabo cambios de identificación entre los problemas "reales" de la vida, y los problemas vividos, a través de la imaginación, en la lectura o relato oral de los cuentos.

Para terminar, quiero referirme al interesante trabajo del doctor Armando Roa, publicado en el prólogo a *Los cuentos de Charles Perrault*, quien, en su estudio, pone gran énfasis en la importancia del desarrollo de la imaginación en el niño:

"Sin imaginación no cabe crear ni en la ciencia, ni en la filosofía, ni en el arte, menos darle amenidad a la vida cotidiana, a la del trabajo y a la del hogar. Sin amenidad —aptitud de proporcionar aire renovado a lo aparentemente rutinario— se cae en la incomunicación, la soledad, la angustia y el aburrimiento"⁵.

3 Ibid., p. 103.

4 Bruno Bettelheim, *Psychanalyse des contes de fées*; París: Editions Robert Laffont, S.A., 1976, p. 16.

5 Armando Roa presenta *Los cuentos de Charles Perrault*; Santiago: Editorial universitaria, 1980; pp. 34-5.